

RESEÑAS

Marcos Canteli. *Su sombrío*. Barcelona: DVD, 2005.

Marcos Canteli (1974) pertenece al linaje de la poesía española actual que puede, según mi criterio, ser considerada más lúcida. Ese linaje proviene de una conciencia extrema de las posibilidades del poema como entidad productiva no dependiente de una realidad que se presenta con voluntad de generar efectos de verdad. Los efectos de verdad que la realidad necesita producir son ideológicos. La única manera que encuentra la poesía consciente es la de desenmascarar continuamente este procedimiento ilusorio que está en la raíz de la manipulación de la conciencia. La poesía actúa así en los antípodas de la complacencia, aun en la complacencia con el lector. Se transforma en un acto de resistencia. Ese linaje, a partir de mitad de siglo en España, tiene nombres muy claros. Valente y Gamoneda, José-Miguel Ullán, Jenaro Talens y Juan Antonio Masoliver, Ildefonso Rodríguez y Olvido García Valdés, Jorge Riechmann y Antonio Méndez Rubio, Pedro Provencio y Miguel Casado, entre otros, cada uno en su particularidad, cada uno en su exploración individual de los caminos de una poesía explícitamente consciente de sus mecanismos y que, por esa misma conciencia, enfrenta un concepto de tradición pesado y denso. Los latinoamericanos conocemos esa densidad de dicción, esa retórica que ahoga cualquier intento de vuelo. La influencia del peso retórico de la poesía en lengua castellana y su tradición de arraigo en la hipérbole y la solemnidad en la poesía latinoamericana de este siglo es proverbial a partir, sobre todo, de la clausura historicista de las vanguardias. Cuando el proyecto escritural desalienante de las vanguardias cesa de operar (circa 1930-1940) y le sucede el contragolpe de una tradición añeja que esperaba con el grito en el cielo para acusar todo lo que olía a vanguardia como a la peste, la poesía latinoamericana más retórica se une a la recaída en el poema histórico o en el poema-experiencia que el mercadeo seudocrítico de la poesía española neoliberal auspicia. Los decretos de inverosimilitud, de un estar fuera de tiempo, de una nostalgia histórica por tiempos mejores como los de la primera década del veinte (un “complejo de inferioridad” ante el pasado que se traduce en anhelo

por lo no conseguido) con los que se señala a toda poesía que enraíce su lenguaje en la búsqueda es un sambenito tan válido para la antigua metrópoli lingüística como para la ya no tan joven poesía latinoamericana. Hoy se regresa a todo, en especial a lo peor. No sólo en la vida, también en el arte; no sólo en el arte, también en la poesía.

Ante este panorama que no ha cerrado el siglo pasado cercano sino que amaga en dilatarse en el presente es sorprendente un libro como *Su sombrío* de Marcos Canteli. Si uno tomara a la vanguardia histórica como tradición inmediata habría que decir que hay en el libro de Canteli algo de tradición inmediata: esa conciencia de estar comenzando de nuevo siempre, sísifos, una condena al reinicio ante la patada permanente de la banalización, la superficialidad –todo es cuerpo, nada es cuerpo- y la desmemoria. Escribir poesía para Canteli parece ser una *clase de hecho*: una suerte de fenómeno o de acontecimiento; también, una lección sobre el suceder. La poesía no es, en Canteli, solamente poesía. La lección poética que aprendió es que escribir poesía es re-escribir el mundo que nos es escamoteado, la memoria escamoteada, la vida misma sustraída. En el tiempo del “ladrón del tiempo” la escritura poética es revelación. ¿Por donde empezar? ¿Por donde empezaría la conciencia de una emergencia poético-vital como esta en la que nos encontramos? ¿No debería cada uno en su quehacer hacer presente una y otra vez la conciencia –y no el olvido como falsa condición de sobrevivencia, no el olvido como antídoto a la sobredosis de tiempo transcurrido en circunstancias en que vivimos entre la pedacería del suceso- de lo que sabe que sabe? La poesía sabe que sabe y ese saber no se entrega.

La conciencia de sus mecanismos por parte del hacer poético es un planteo crucial para una consideración del poema como alteridad posible, como diferencia. Una alteridad que no necesariamente pasa por una claridad expresiva. El lenguaje poético se separa así de la palabra comunicativa, la que en el lenguaje cumple funciones de denotación. Por el contrario, o es una poesía no comunicativa en términos de expresión o es una poesía estéticamente comunicativa, en términos de Jakobson: una poesía que comunica forma en vez de comunicar contenido según la conocida dicotomía. La comunicación

de forma es la comunicación poética por definición. A esto se le ha llamado de diferentes maneras pero es, básicamente, la comunicación de la materia lingüística por encima de la comunicación de sentido. Siempre estamos produciendo lingüísticamente sentido. La transferencia de ese sentido tal como es producido para efectos de la comunicación habitual no es sinónimo de poesía. Se trata, entonces, de controlar la producción de sentido, de controlar la transmisión de sentido producido. Canteli es un maestro de ese control. Basta leer algunas líneas de *Enjambre* (2003) y de *su sombrío* (2005): hay ahí páginas maestras de una conciencia sintáctica del mundo que en su ordenamiento crea situaciones poéticas, eventos poéticos, momentos de poesía. Digo bien: Marcos Canteli es un syntaxier en el sentido mallarmeano: un redistribuidor de sentido, uno que reparte el sentido equitativamente. Sin olvidar que la poesía carga en su haber tradicional con siglos de sentido, que la palabra ha sido mil veces gastada en su uso. Y que siempre hay esa necesidad de estar re-distribuyendo poesía como una cuestión no de simple sobrevivencia sino de ejercicio vital insoslayable.

Si hay algo “sombrio” en este libro de Marcos Canteli es la revelación, literalmente, de la escritura como sombra, y, por tanto, el levantamiento de esa zona de perturbación que es la sombra de la escritura luego que la escritura se impone como figuración. La poesía moderna demolió esa idea de la escritura como figuración. Pero la sombra que se asume no es lo que la figura proyecta. Mejor aun, es una desfiguración, la sombra como formación desfigurada. Una desfiguración que va en busca de su refiguración a través de la forma. La forma, por su parte, en los poemas de Canteli huye, escapa, va siempre por delante. La escritura de Canteli se diría que persigue más que proseguir una variable o establecerse como variable de una herencia que siguió muchas vías: la de las vanguardias. Tal vez el motivo sea todavía el modernista y legendario de Darío “Yo persigo una forma”. No porque la forma haya sido “profanada” sino porque la poesía revestía más de una forma o porque no tenía propiamente – *Un coup de dés* – la forma Una. Para no entregar el arte al culto al que lo someten las sociedades postindustrializadas en su culto a los media y en su medioculto la escritura debe rebelarse contra el estado del mundo ahora agobiante

HPR/123

pero, en especial, contra sí misma. De esa lección inolvidable surge la
poesía de Marcos Canteli.

Eduardo Milán
Universidad Autónoma de México